

Diciembre próximo. El Príncipe es hombre para poner el Imperio bajo la protección del gran aniversario del día grande que le dió la Dictadura.

Por lo que hace á la cuestión que consiste en averiguar si el Imperio será hereditario ó vitalicio, son muy varios los cálculos y muy varias las opiniones; la mía, fundada en el conocimiento que tengo de la persona y de la manera que tiene de ir á su objeto, es favorable á los que creen que el Imperio, por de pronto, será vitalicio, reservando para el día del matrimonio del Príncipe su transformación en hereditario. Ese día, por lo demás, está lejos: los tratos matrimoniales, que meses atrás fueron iniciados, con la heredera del nombre glorioso de Wassa me parecen rotos, y otros cualesquiera, en las actuales circunstancias, muy difíciles.

Por lo que hace á la conducta de las potencias de Europa, supuesta la proclamación del Imperio vitalicio, no cabe duda sino que será lo que ha sido hasta ahora; la República presidencial no es otra cosa, si bien se mira, sino ese mismo Imperio, menos el nombre. Las potencias europeas reconocerán sin vacilar el nombre, como han reconocido la cosa. En mi sentir, el reconocimiento vendrá en respuesta de la noticia, y vendrá en forma telegráfica. Otra cosa sería si el Imperio fuera hereditario; en esta suposición, aunque yo no creo que la Europa dejara de reconocerlo, tengo para mí que caminaría con más lentitud, con mayor circunspección, y que el reconocimiento no vendría por el telégrafo, sino por el correo, y precedido de ciertas preguntas y de ciertas respuestas.

En medio de la obscuridad que ofrecen las cosas del porvenir, lo único que tengo por seguro es esto: que no puede haber y que no habrá conflicto universal sino en el caso de que el futuro Emperador tome la iniciativa ensanchando los límites de la Francia. La Europa podrá ver con disgusto el Imperio vitalicio, con malevolencia el Imperio hereditario; pero no sacará la espada de la vaina sino por un acrecentamiento de territorio. Esto es todo lo que creo oportuno asegurar por

ahora; consideraciones de otra especie me parecerían prematuras y aventuradas.

De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

PARÍS, 15 de Diciembre de 1852.

Muy señor mío: La Francia tiene ya un Imperio creado por más de ocho millones de sufragios, á que asciende la votación prodigiosa que acaba de verificarse. Esto, sin embargo, no prueba otra cosa sino que en Francia todos siguen ciertas corrientes magnéticas que reúnen estas dos calidades: la de durar poco, y la de ser invencibles mientras duran; los mismos que se dejan arrastrar por lo que tienen de invencible, conocen instintivamente lo que tienen de pasajero. Esto sirve para explicar por qué todos hacen siempre una misma cosa, y todos sin entusiasmo. Lo que caracteriza, pues, al poder actual, es lo omnipotente y lo instable; nadie piensa que puede ser resistido, y nadie cree en su duración: ésa es siempre la naturaleza propia de los poderes que surgen súbitamente de las aclamaciones populares: todo el mundo les obedece, hasta que les resiste todo el mundo. Por lo demás, sería locura creer que un cambio de cosas sea ahora inminente; un poder puede ser á un mismo tiempo instable por su naturaleza, y necesario en ciertas circunstancias, y eso es cabalmente lo que sucede al nuevo Imperio francés, á quien por su naturaleza le es negado el porvenir, y á quien las circunstancias aseguran en el momento presente.

Todo el movimiento político está aquí concentrado ahora

en el Senado, que discute, como Ud. sabe, á puerta cerrada; á pesar de esto, puedo afirmar á Ud. que, entre los varios importantísimos senadoconsultos que ha aprobado ya, se encuentran dos de la más alta importancia: por uno de ellos se dispone que el Cuerpo legislativo, que por la Constitución examinaba por capítulos el Presupuesto, le examinará en adelante por ministerios, es decir, en conjunto y sin entrar en los detalles de inversión; por otro, que es el más grave de todos, se autoriza al Emperador para que por sí sólo pueda emprender y conceder todas las obras y trabajos públicos, y las empresas que con ellos tengan relación, y celebrar con las potencias extrañas, sin obligación de dar cuenta á nadie de su conducta, los Tratados de comercio. Todos los intereses comerciales é industriales del país quedan concentrados, por este senadoconsulto, en las manos imperiales.

Jamás hombre ninguno, amigo mío, ni en los tiempos antiguos ni en los modernos, ha reunido en la Europa cristiana un poder tan gigantesco en sus manos: las Monarquías más absolutas de derecho encontraban ciertas resistencias eficaces en las grandes Corporaciones del Estado, y en el espíritu altivo de la nobleza y de la aristocracia: el nuevo Emperador no encuentra hoy resistencia ninguna en ninguna parte. Falta ahora averiguar si el hombre es capaz de soportar el peso de semejante poder, ó si va á parar todo esto, por vía de reacción, á una impotencia absoluta.

El Príncipe que impera hoy en el pueblo francés es audaz en los designios, prudente en la acción, dotado casi por iguales partes de osadía y de espera; perseverante hasta el heroísmo: teniendo una confianza entera en su fortuna y en el tiempo; consumado en el conocimiento de las pasiones humanas, hábil en aprovecharse de ellas, es un hombre de quien puede aguardarse y temerse todo, y, lo que parece más imposible, señaladamente. Véale Ud. en las ocasiones solemnes pronunciar hoy un discuso ultraguerrero, mañana otro discurso ultrapacífico, siguiendo en esto su antigua costumbre, que consiste

en desorientar á la Europa con declaraciones contrarias. El que se proponga adivinar lo que el Emperador ha de hacer por lo que dice, esté seguro de caer en los más groseros errores; lo importante no es escuchar lo que dice, sino averiguar lo que piensa, porque hay, sin duda ninguna, unidad de pensamiento en medio de esa diversidad de lenguaje. Sea de esto lo que quiera, el hecho es que sus discursos, aunque contrarios entre sí porque unos parecen abrir, y otros parecen cerrar la perspectiva de la guerra, producen igualmente buenos resultados; con los discursos guerreros acobarda á las potencias del Norte, que dicen para sí: "Este hombre es capaz de todo"; y con los pacíficos las halaga, inspirándoles confianza. Esto prueba que su misión providencial no ha concluído todavía, y que está aún en aquel período en que el hombre, haga lo que haga, siempre acierta. Yo no conozco ninguno de los hombres providenciales de que hace mérito la Historia á quien, por un espacio de tiempo más ó menos largo, no haya sucedido lo mismo: verdad es que después viene otro período durante el cual yerran en todo, hagan lo que hagan: éste es el período fatal de su decadencia y de su muerte. Para el Emperador ese período no ha venido todavía ¹.

El nuevo Gobierno no ha adoptado todavía una política resuelta, ni por lo que hace á lo interior, ni por lo que hace á sus relaciones exteriores. Usted ve cómo se ha verificado la transformación imperial: la proclamación no ha sido acompañada de regocijos ni de fiestas. El Emperador quiere dar á entender con esto á la Europa que la mudanza que acaba de verificarse no tiene importancia ninguna: que la misma Constitución existe: que el mismo hombre gobierna, y que gobierna del mismo modo: que la Francia ha tenido el capricho de saludarle con un título diferente, y que era necesario dar gusto á la Francia. Por lo demás, dos sistemas están como en equilibrio en el seno mismo del Gabinete imperial. Unos Ministros pien-

(1) Atribuya el lector á pura fantasía del gran Donoso este como tinte de fatalismo.
—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

san que es necesario aniquilar, en el interior, á las clases medias, y buscar su apoyo exclusivo en las populares; esos mismos Ministros se inclinan, en cuanto á lo exterior, á la política de aventuras, ayoyándose en el espíritu innovador y revolucionario que hoy prevalece en el mundo. Esta política es en lo interior cuasi socialista, y en lo exterior cuasi guerrera. Otros Ministros están por atraerse, en lo interior, á las clases acomodadas, y por buscar en lo exterior, como garantía de paz, la alianza británica. Esta es la política pacífica y de intereses materiales adoptada desde el principio, y seguida constantemente por la Monarquía de Julio. En el sentir de los Ministros que se inclinan por este lado, el Emperador no debe ser otra cosa sino Luis Felipe con alguna más firmeza.

Hoy por hoy, la política de la paz y de los intereses materiales, fundados los unos en el apoyo de las clases acomodadas, y fundada la otra en la alianza inglesa, es la que prevalece; mi opinión, sin embargo, es que la otra prevalecerá más adelante, porque es la verdadera política del Emperador, la que le es propia, la que le es congénita, la que constituye la fatalidad de su raza. Sea de esto, sin embargo, lo que quiera, en el día de hoy no se puede negar que una alianza sin cordialidad existe de hecho entre la Inglaterra y la Francia; esta alianza ha sido el resultado, por una parte, del retraimiento que han mostrado hacia el nuevo Emperador las potencias del Norte, y por otra, de la calculada prontitud con que la Inglaterra ha reconocido el Imperio. La Inglaterra, sin embargo, no olvidará nunca que su seguridad territorial es incompatible con la dinastía napoleónica, y el Emperador, por su lado, no dormirá tranquilo hasta que la afrenta de Waterlloo sea borrada con sangre.

En la previsión, pues, de una guerra que nadie sabe cuándo ha de venir, y que todos saben que viene, vea Ud. aquí las fuerzas de los dos campos. Si hemos de creer á los de fuera, su cálculo es que estarán todos contra uno: la Europa contra la Francia. Pero el Emperador calcula de otra manera, porque

dice:—“Yo no haré una guerra territorial, aunque me propongo ganar grandes territorios con la guerra: yo me propongo hacer una guerra revolucionaria, y en ese caso cuento con todos los míos, y con la mitad, por lo menos, de todos los vuestros.”—La verdad es que jamás este Gobierno romperá con la Revolución absolutamente: la posibilidad sola de un conflicto europeo le basta para asegurarse en la revolución una puerta de salida: en ningún caso se cerrará esa puerta.

Desgraciadamente, el conflicto es cada día más probable; por dondequiera que se dirija la vista, se ven surgir gérmenes de grandes conflictos futuros: esto se observa, sobre todo, en la Suiza y en el Oriente. Por lo que hace á la Suiza, demostrado como está que es el centro y el laboratorio de todas las conspiraciones demagógicas, las potencias del Norte están resueltas á caer sobre ella si es posible, y á sofocar allí los incendios revolucionarios: la invasión se hubiera verificado ya si la conducta de la Francia, en el supuesto de la guerra, no inspirara recelos. Es una cosa evidente, por un lado, que las potencias del Norte no pueden consentir por más tiempo la existencia de la Suiza democrática, y por otro, que sin la anuencia, ó, por mejor decir, sin el concierto con la Francia, no pueden invadir la Suiza sin exponerse á serios desastres: ahora bien, para mí es cierto que la Francia no dará la mano á la invasión proyectada; ella sería el último golpe de la Revolución, y el Emperador de los franceses no la dará él último golpe. De aquí resulta que, ó las potencias del Norte retrocederán de su intento, ó que provocarán una guerra general llevándole á cabo, cosas ambas funestísimas para el porvenir de la Europa. Por lo que hace á la cuestión de Oriente, la guerra de Turquía con el Montenegro, y las pretensiones, por un lado de la Rusia, y por el otro, del Austria, dirigidas todas á la emancipación de las poblaciones cristianas, lo cual sería un verdadero desmembramiento del Imperio otomano, son sucesos gravísimos que comprometen seriamente la paz general y que van tomando proporciones gigantescas. En esta cuestión

hay identidad entre los intereses franceses y los británicos; de manera que, al primer estampido del cañón, podrán verse en son de guerra las potencias del Norte de un lado, y la Francia con la Inglaterra del otro. Si las cosas siguen por el camino que llevan, no me admiraría que antes de muchos años, y quizá de muchos meses, todo estuviera en desconcierto y en confusión en el mundo: los rusos vendrían sobre Constantinopla; los austriacos sobre las provincias danubianas; los prusianos sobre los pequeños Estados alemanes que los rodean; la Inglaterra sobre el Egipto; la Francia sobre todo lo que le cayera á la mano. Todo esto puede tardar; pero todo esto puede venir mañana mismo. La suerte del mundo depende hoy de la vuelta de un dado.

Por lo demás, todas estas eventualidades que ahora y antes de ahora he anunciado á Ud. pueden salir fallidas, y todos estos cálculos frustrados por uno de aquellos golpes de Estado de la Providencia, que las gentes llaman *golpes de fortuna*. Todo lo que he anunciado debe suceder, según el orden natural de las cosas; pero, por lo general, lo que ha de suceder de esa manera no sucede. Siempre hay á mano una fiebre perniciosa, un ejército sublevado, un golpe de un hombre osado, un cambio súbito de opinión, que vienen de improviso á desvanecer las esperanzas de los unos, los temores de los otros, la sabiduría de los sabios, la habilidad de los hábiles, la prudencia de los prudentes y los cálculos de todos ¹.

De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTÉS.

¹ Conclusión admirable, que desvanece por completo aun la más ligera sombra de fatalismo. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

BOSQUEJOS

HISTORICO-FILOSÓFICOS